FF 50 160

Hola, buenas noches. Con esta sintonía abrimos, como todos los miércoles a esta misma hora, Revista de Filosofía, el programa de la sección de Filosofía de la UNED que coordinan los profesores Francisco Martínez y Antonio Santes Mases. Esta semana, como recordaréis los que nos habéis seguido en nuestros últimos programas, va a estar dedicada también al psicoanálisis.

Va a estar dedicada exactamente a una biografía de la que hablábamos también en el último programa, Freud, una vida de nuestro tiempo, una biografía de Peter Geyer. Bueno, pues la pasada semana se nos quedaba en el tintero, por falta de tiempo, como siempre, algunos aspectos de la vida y de la obra de Freud, algunos aspectos que vamos a intentar comentar hoy. Cosas como la situación de Freud durante los años 20 y 30, dos décadas realmente importantes en la vida de Freud, su posición frente a la cuestión de la religión, y ya más centrados en el tema del psicoanálisis, vamos a repasar también algunos temas de esta biografía.

Cosas tan importantes en su obra como la sexualidad infantil, la idea de pulsión de muerte o el yo controlador de las pulsiones. Y de todo esto vamos a hablar, igual que la pasada semana, con Carlos Gómez, profesor de ética, Francisco Martínez, profesor de metafísica, los dos de la UNED, y como moderador también, como en el último programa, va a actuar Antonio Santes Mases, profesor de filosofía política de la UNED. Y con Antonio Santes Mases os dejamos ya.

Buenas noches, vamos a seguir hoy también con un programa, un segundo y último programa sobre la biografía de Freud, realizada por Peter Guy, que algunos de nuestros oyentes ya conocerán por nuestro programa anterior, Freud, una vida en nuestro tiempo, de Peter Guy en la editorial PAIDOS. El otro día estuvimos hablando de algunos de los temas vinculados a esta biografía y a la propia personalidad de Freud, su caracterización como médico, como científico, su origen social, su procedencia de una clase media vienesa, el planteamiento de Freud en relación a la sociedad, si podíamos hablar de un Freud reformador, crítico, conservador de la sociedad, sus opiniones políticas, y estuvimos viendo bien también cuál es la relación que establece Freud entre la naturaleza humana y la cultura, la naturaleza humana, hay un tipo de pasiones, de pulsiones inerradicables, y en qué medida la civilización cumple esa situación contradictoria de que por un lado es imprescindible para que haya vida humana y por otro lado es insoportable cualquier tipo de vida humana posible. Entonces quedamos ahí un poco viendo las dos caras de Freud, como heredero de la ilustración de un Freud positivista y de un Freud a la vez romántico, y quizás en uno de los lugares donde eso se ve más es en la posición de Freud en relación al tema de la religión.

Hay una obra conocida de Freud que es el Porvenir de una ilusión, donde Freud plantea cómo ve él el futuro de la humanidad y el porvenir de ese tipo de deseos que no se corresponden con la realidad, que serían los propios de la religión, y cuál puede ser el futuro de ese pequeño dios logos que es la ciencia. Subraya mucho Peter Geyer en la biografía cómo Freud vivió en los

años 20 y en los años 30 una enorme cantidad de muestras de dolor desde el sufrimiento por la pérdida de algunos nietos, de alguna hija, hasta todos los problemas de los sufrimientos, de las dificultades económicas, la reconstrucción posterior a la Primera Guerra Mundial, hasta finalmente el inicio del nazismo y toda la persecución que se hizo a los judíos, y todo ello unido a una situación donde él vive un gran dolor por la enfermedad del cáncer. En ninguno de esos momentos Freud trata de recurrir a la religión como una especie de compensación a los males, a los sufrimientos que él padece, sino más bien trata de soportar estoicamente ese dolor sin esperanza.

Entonces comenzaría quizá a comenzar por este tema. ¿Cómo ves tú esa mezcla en Freud de ese hombre ilustrado, austero, científico, estoico, a la vez con el hombre que se abre a un continente donde las pulsiones llevan continuamente una tensión entre eros y zanatos? Bueno esto es uno de los temas centrales del análisis que hace Freud de la cultura, y a mi modo de ver apasionante, ¿no? Yo empezaría diciendo algunas cosas para referirme después a esta última pregunta sobre la religión que planteas. En primer lugar quiero señalar que efectivamente Freud se muestra, como decíamos el otro día, bastante pesimista respecto a las posibilidades de un progreso humano.

Y ello se debe al enfrentamiento que hay en la civilización entre el individuo y la cultura. Pero normalmente ese enfrentamiento se ha visto como un enfrentamiento entre los deseos libidinales del individuo y las restricciones que necesariamente la cultura nos impone. Esto es cierto, pero esto es cierto hasta el capítulo quinto del malestar en la cultura.

A Freud no es lo que más le importa. Si el enfrentamiento fuera porque la cultura nos impone restricciones, la cultura nos podría compensar de ellas y podríamos llegar a una forma de acuerdo, de componenda, que no necesariamente tiene que desembocar en algo trágico como él no para de insistir. ¿De dónde viene la tragedia? Pues la tragedia viene a mi modo de ver desde dos fuentes o desde dos aspectos.

En primer lugar, como apunté el otro día, por la importancia de la sexualidad infantil. La sexualidad infantil, que es uno de los descubrimientos capitales de Freud, probablemente junto a la existencia de procesos inconscientes sean los dos más importantes, no es tanto importante por eso de que, anda, los niños antes de la pubertad tienen un desarrollo sexual o, como decía Lacan, vamos al inocente paraíso de los niños, pero lo que descubrimos allí es que hay cosas verdes. Bueno, yo creo que este aspecto que Lacan parodia no es el más importante y además está asumido hoy día por la mayor parte de las corrientes psicológicas y por la cultura en general, sino la contrapartida cultural de esa sexualidad infantil.

Si nosotros estamos en dependencia fijados libidinalmente a determinados objetos, que en principio serían los padres o los que ejercen la función de tal, la cultura nos va a obligar necesariamente a renunciar a ellos. Eso quiere decir que el ello, la instancia que Freud denomina como sede de las pulsiones, se agarra a objetos que necesariamente tiene que dejar, hasta el punto que después el yo se va a conformar de alguna manera a medida de los objetos

deseados porque ya que tiene que renunciar a ellos, pues se va a seguir amando a sí mismo pareciéndose a los objetos que pierde. Pero claro, eso quiere decir que el individuo entra en la cultura desgarrado, que nuestra historia está hecha de renuncias dolorosas, jalonada de objetos perdidos, y que esas renuncias están siempre en la entraña de nuestra historia.

La libido jamás renuncia a un placer que ya ha obtenido, y la tentación de regresar a él se hace siempre posible, sobre todo en situaciones de dificultad. Esto le da un tono enormemente pesimista, pero la contraposición mayor le viene a Freud desde lo que él considera que es el descubrimiento de la pulsión de muerte. La confrontación individuo-cultura no viene por las pulsiones libidinales, sino que viene a partir de las pulsiones de muerte.

Las pulsiones de muerte que Freud trata de resumir en el capítulo sexto, en el malestar de la cultura, porque ya había hablado de ellas más allá del principio del placer de 1920, hace que la cultura tenga que controlar para su propia supervivencia esas pulsiones de agresividad, y la única manera que tiene de controlar esas pulsiones agresivas es devolviéndolas contra el individuo. De tal manera que, como dice en un famoso párrafo del capítulo séptimo, me parece que es del malestar a la cultura, la cultura devuelve la agresividad contra el propio individuo y le hace vigilar como si se tratara de una guarnición militar en una ciudad conquistada. Nosotros estamos vigilados, además por los aparatos judiciales políticos y estatales, por un aparato interno, que es el superyo, que nos vigila quizá con un castigo y una ferocidad muchísimo mayor que cualquier otra.

En algunas manifestaciones neuróticas o psicóticas llega a conseguir con frecuencia su objetivo, como es destrozar al individuo y llevarla al suicidio. En la psicosis maníaco-depresiva, pues esto puede ser así. Esto me parece que es importante señalarlo, porque si no parece que el pesimismo freudiano simplemente es un punto de vista, y yo creo que él trata de enraizarlo en su análisis psicológico, o más bien metapsicológico, aunque naturalmente la pulsión de muerte esté expuesta a muchos avatares.

Respecto a la religión, y quizá no me quiera prolongar mucho, porque me imagino que Paco Martínez tiene también cosas importantes que decir respecto a esto. Respecto a la religión, yo diría simplemente ahora que habría que distinguir la posición personal de Freud, en donde yo creo que es uno de los agnósticos más claros. La tentación religiosa no la tuvo nunca.

Hay muchas anécdotas en donde él cuenta desde su infancia, de cómo estaba convencido de que realmente la religión es una ilusión, de sus disputas cuando entra en la facultad a los 18 años, en donde se manifiesta claramente como ateo. Entonces yo creo que sobre esto no hay dudas. Sin embargo, eso es una cosa, y otra es el interés que lo religioso despertó en él, porque la religión le parece un fenómeno importantísimo en el análisis de la civilización, y ya desde algunos fragmentos que tiene en la Psicopatología de la Vida Cotidiana en el año 5, y desde el artículo de los actos excesivos y las prácticas religiosas del año 8, hasta la última gran obra que escribe, Moisés y el monoteísmo en 1938, fue un tema continuo de preocupación.

Si el psicoanálisis necesariamente tiene que ser ateo, a mí me parece que es una cuestión que

está fuera del psicoanálisis, porque naturalmente el psicoanálisis tiene un punto de vista epistemológico determinado, no trata de ser una filosofía, y por lo tanto rebasa su ámbito. Ahí tendríamos que entrar en otro tipo de discusión, porque la crítica que él efectúa es una crítica funcionalista, y no entra en los temas sustantivos del análisis religioso. Esto es lo que yo diría ahora en principio, pero el tema daría quizá para mucho más.

Pero me gustaría que Paco Martínez... Yo más que coger el aspecto de la religión, volviendo un poco a la cuestión de la sexualidad infantil, el inconsciente y la pulsión de muerte. Hombre, yo lo que creo es que Freud en eso sí que era enormemente heredero de la Ilustración, no sólo en el programa positivista, sino también, y eso es un elemento que actualmente puede ser más crítico. Yo creo que la noción de yo, la noción de personalidad, la antropología que tenía Freud, era una antropología que por un lado ha descubierto unos elementos importantísimos, como es el inconsciente y la sexualidad infantil, pero por otro lado, como yo creo que él tenía una noción de yo fuerte, una noción de yo completamente ilustrado, y estoico en cierto sentido de control de las pasiones, todo su programa es, he descubierto las pasiones, las pasiones son muy fuertes, hay una sexualidad infantil, la sexualidad no solamente surge en la pubertad, sino que es anterior, tenemos la fijación a objetos eróticos, hay todo el problema de las perversiones, pero yo sigo unido a un programa de racionalización y de autocontrol, en el que la famosa donde estaba el ello tiene que advenir el yo, de control y de dominio de las pulsiones.

Entonces, toda su teoría de la sensualidad queda dominada al final por un genitalismo, bueno, en última instancia casi al final, pues casi por una defensa de la familia, y en cierta manera, no solamente lo hizo él, sino que incluso a sus compañeros y a sus amigos, discípulos, pues bueno, les incitaba a mantener ese tipo de relaciones, y ese es un elemento realmente importante, porque es que Freud descubre un mundo, pero al mismo tiempo contribuye a anular la propia potencia de su descubrimiento. Es una de las frases quizá más ambiguas de la obra de Freud, quizás los dos os podríais posicionar sobre esto, donde hay ello debe ir habiendo yo, entonces, ¿qué quiere decir exactamente Freud con eso?, es decir, ¿de qué yo habla Freud? Eso depende de donde pongas el acento. Bueno, pues por eso quiero decir que los dos contestáis a eso, si es un yo, digamos, roqueño, un yo fuerte, o es más bien un yo fluido entre el ello y el superyo, es decir, ¿qué es lo que tiene más relevancia en la obra de Freud? ¿la crítica a los elementos coercitivos, coactivos del superyo?, ¿o la defensa de un yo que cumpliría esta función de racionalización, autocontrol, dominio de las pulsiones? Porque parece contradictorio, por un lado, decir que en Freud, como crítico de la sexualidad, crítico de la sexualidad burguesa y crítico de la sociedad burguesa, se da precisamente la crítica a ese superyo asfixiante, y por otro lado, decir que a la vez en Freud hay una defensa de una racionalización, de un autocontrol, de un dominio pulsional.

¿Podéis los dos posicionar sobre eso? Hombre, yo creo que los dos elementos están en Freud. Yo creo que Freud descubre, descubre todo el mare magnum del inconsciente, descubre la fuerza de las pulsiones, descubre que realmente el yo es un yo escindido, un yo nunca conseguido, un yo en parte inconsciente, o sea, rompe la ecuación yo igual a la conciencia, o sujeto igual a la conciencia, que había formado parte del pensamiento occidental, pero al

mismo tiempo está unido al pensamiento occidental en un programa de racionalización y control de las pulsiones. Lo que pasa, y eso entra con su escepticismo y su pesimismo, considera que debería de ser bueno que controláramos las pulsiones, lo que pasa es que nunca o casi nunca lo podemos hacer.

Entonces yo creo que a nivel valorativo, y ahí digamos sería mi crítica en cierta manera, es totalmente racionalista, totalmente burguesa en ese sentido. Ahora bien, lo que pasa es que, como científico, como descubridor, descubre que esa pretensión valorativa de autocontrol, de autodominio, de bueno, eso lo ve claramente, la sexualidad tiene que ser, la sexualidad infantil, tiene que ser subsumida por al final una sexualidad genital, y los argumentos como de la madurez, los argumentos de la sexualidad perfecta, es una sexualidad genital. Entonces, lo demás son regresiones, lo demás son perversiones, lo demás son estancamientos, entonces ese es el problema.

Lo que pasa es que él se da cuenta que la sexualidad infantil, las pulsiones, son tan fuertes que ese programa de control racional está siempre puesto en entredicho, y, salvo rarísimas excepciones, casi nunca llega a su éxito completo. Carlos, bueno, yo ahí divergería un poco de los puntos de vista de Curro, de Paco. En primer lugar, quizá lo que Freud hace, y eso sí lo has señalado tú, es romper la careta del yo fuerte.

Del yo así ahora en un sentido no muy técnico, ¿no? No en el sentido desde luego técnico de Freud. Del yo como sujeto, como el individuo que somos, sin más complicaciones. Y ese yo fuerte es lo que Freud critica.

A Freud le parece que el yo fuerte, seguro de sí mismo, es siempre una careta que está atravesada por mil fragmentos, por mil rupturas, y que el no reconocerlo, pues lleva, más tarde o más temprano, pues a un desquiciamiento del individuo. El capítulo sexto del Yo y el ello tiene un título precioso, que es las servidumbres del yo, precisamente. Esto es un verso de Siler que lo utiliza varias veces, ¿no? Las servidumbres del vivir, las servidumbres del yo.

Como Freud presenta ahí al yo, pero ya en el sentido técnico de la segunda tópica que él trató de establecer, la que divide el psiquismo humano entre yo, ello y súper yo, claro, el yo ahí ya no se confunde con la personalidad, porque la personalidad de la personalidad también formaría parte del súper yo y el ello, ¿no? Es decir, sería el sujeto total o el sujeto integral, y por lo tanto no se corresponde con el yo en el sentido técnico que le da Freud. Y ese yo, en el sentido técnico, pues como Freud lo ve, es como un pobre comerciante, como un pobre correveidile, que por un lado tiene que satisfacer las exigencias instintivas brutales del ello, sus demandas desmedidas, por así decirlo, desmedidas respecto a la realidad de placer, pero por otro lado tiene que hacer caso a la realidad, que no siempre se corresponde con las exigencias del ello, y por otro lado tiene que hacer caso a los preceptos morales y a los ideales que el súper yo le inculca, con lo cual el yo lo que trata es de mantener unidas a las tres instancias y normalmente lo que hace es naufragar en tal empresa. En ese naufragio lo que Freud quiere es que, al no desconocer las pulsiones que nos atraviesan, precisamente al ser conscientes en alguna

medida de lo que somos nosotros mismos, aunque lo hayamos alejado de nosotros mismos y aunque no sepamos nada de ello, al ser conscientes de ello, seamos nosotros los que llevamos a nuestras pulsiones en vez de que las pulsiones nos lleven y nos traigan.

Ese sería el intento de Freud. Luego, ya que él lo lleve todo a un campo genital, exactamente, bueno, eso son cuestiones me parece más discutibles, con eso no trato de defender muchos puntos de vista de Freud que no compartiría, pero a mí me parece que muchos de sus escritos hace concesiones a la manera habitual de hablar y así habla, por ejemplo, de la masturbación, de la homosexualidad y de muchos otros aspectos como perversiones, bueno, eran como se denominaban en el lenguaje clínico de la época y ya tenía Freud bastantes enfrentamientos, quizá como para variar este lenguaje. Sin embargo, por lo menos a mí me interesa señalar algunos aspectos que en su obra quieren indicar que la madurez no siempre necesariamente, ni siquiera debería serlo en el proyecto freudiano, el olvido de los sueños infantiles.

En primer lugar porque estos sueños infantiles son ineliminables, en el inconsciente nada pasa, nada se olvida, todo permanece y por lo tanto eso sería una quimera. Sino que es que, aparte de esto, a Freud le parece que la felicidad, en algún momento, hay pocas definiciones que Freud diera de la felicidad, pero en un momento Freud definió la felicidad como la realización de un deseo prehistórico. Parece que para ser felices no podemos estar anclados en las estructuras infantiles, tenemos que pasar a lo que él iba a denominar la realidad, pero parece que ese paso a la realidad, si quiere que sea una verdadera madurez, tampoco está hecho a base de la supresión del deseo.

La felicidad tendría que saber conjugar lo antiguo y lo nuevo, lo prehistórico y el presente, lo infantil y lo adulto, y precisamente la felicidad es la realización de un deseo prehistórico que sabe conjugarse con la realidad. No hay que olvidar, por ejemplo, y con esto terminaría, que cuando habla de Leonardo, una figura que él admiró tantísimo, dice en un momento del ensayo de Leonardo, parece ser que el gran Leonardo permaneció infantil durante toda su vida en muchos aspectos, y añade una coletilla que me parece que a este respecto, pues es importante, dícese que todos los grandes hombres necesitan conservar en ellos algo infantil. Cuando Freud está diciendo eso, está dando una concepción de la madurez y una concepción del gran hombre incluso, como aquel que ha sabido no naturalmente estancarse en lo infantil, pero tampoco simplemente negarlo, sino más bien reelaborarlo de una manera creativa.

Pero en la reelaboración no hay en Freud una idea del trabajo determinada, es decir, yo creo que en la biografía lo que parece muy claro es, por ejemplo, el entusiasmo del padre con el trabajo que hace su hija Ana, de cómo su hija va realizando, cómo su hija va entrando en el psicoanálisis, cómo cada vez realiza un trabajo más perfeccionado, y a la vez hay una crítica, por ejemplo, a las cosas a lo Grodek, que parece que en una plena sesión se puso en una conferencia de pronto a dejar hablar a Leyo en puro acto libre, y entonces aquello del público estaba absolutamente escandalizado, porque eran asociaciones libres, que no entendía a nadie de los que estaban allí, quedaron verdaderamente perplejos, y hay otros psicoanalistas que escriben a Freud para que ponga orden y llame la atención a Grodek, porque claro, esto hacía

poco respetable, poco serio el psicoanálisis, esta especie de dejar hablar puramente al inconsciente en plena conferencia pública. Pero entonces, esa reelaboración, que sería ya la última pregunta, porque no tenemos más tiempo, ¿no implica en Freud una idea, además de no renunciar al sueño infantil, de lo que es todo el esfuerzo que hace de alguna forma la conciencia humana al buscar un objetivo, al buscar una finalidad? En el caso concreto de Freud, el desarrollo del psicoanálisis, la aparición del psicoanálisis, es decir, ¿hay una idea del propio trabajo constante, reflexivo o no? Y ahí entraría quizá también un poco cómo él se plantearía el problema de la sublimación. Sí, bueno, muy brevemente, porque tenemos poco tiempo y curro también, me interesa que tome posición respecto a esto.

La posición de Freud respecto al trabajo, quizá donde mejor desarrolla esta es en el malestar en la cultura. A él le parece que la cultura es hija de Eros y de Ananqué, de la necesidad, es decir, del trabajo y de Eros. Pero hay que señalar que más de Eros que de Ananqué.

Lo que pasa es que a Freud le parecía que el mundo de la necesidad no iba a ser nunca superado. Eso es lo que Marcuse quiere recoger cuando ve un desarrollo tecnológico fortísimo, lo cual no nos llevaría directamente a la utopía marcusiana, pero modifica de un modo importante los planteamientos de Freud. Desde luego lo que yo creo que, a partir del psicoanálisis, se puede estipular es la necesidad o la importancia o el deber de un trabajo que no sea naturalmente alienante, sino un trabajo que fuera creativo.

Ese sería, es decir, un trabajo que pudiéramos erotizar, en terminología ya más marcusiana. Ese sería un proyecto que yo creo fácilmente deducible de la obra de Freud. Y si el trabajo fuera no coercitivo, no alienado, sino que estuviera erotizado, indudablemente este trabajo creativo en el que uno puede desarrollar realmente su vida humana, sería uno de los aspectos que más nos ligan a la realidad, como dice Freud.

Sería uno de los instrumentos terapéuticos quizá mejores, pero... Sí, bueno, yo creo que Freud, más o menos, vendría a decir que hay tres formas o tres posibilidades de invertir la libido, ¿no? Una la satisfacción directa, otra la sublimación y otra la locura. Con lo cual, obviamente, si no se quiere caer en la locura, pues sólo quedan dos salidas. El problema es que las dos salidas pues tienen sus complicaciones.

O sea, la satisfacción sexual directa pues tiene ciertas complicaciones y la sublimación pues está relacionada con el problema de la creación en el trabajo. Y bueno, pues ese también es otro elemento, porque la cantidad de trabajos, digamos, creativos y donde uno pueda invertir, y a ser posible, de forma libidinal, erotizada, su energía pues es pequeño. Y esto, claro, se veía muy claramente como en el siglo XIX la capacidad de sublimación de la mitad de la humanidad, básicamente de las mujeres, pues estaba bastante coartada.

Y por eso, como tampoco tenían muy fácil la salida de la liberación sexual directa, pues por eso el camino de la locura les quedaba casi el más abierto, ¿no? Porque, claro, ese es el problema fundamental. Entonces, la sublimación es obviamente la inversión fundamental para Freud del impulso, de la libido. El problema es que eso no lo puede hacer todo el mundo, o no todo el

mundo lo puede hacer de la misma manera, ¿no? Vale, pues con eso terminamos, porque ya no tenemos más tiempo, agradeciendo a nuestros dos compañeros la intervención sobre esta biografía de Peter Gey sobre la obra de Simon Freud.

Muchas gracias. Gracias, hermano. Gracias.

Bueno, pues como siempre se nos ha acabado el tiempo. Nos han acompañado en este programa sobre psicoanálisis Antonio Santes Masses, Francisco Martínez y Carlos Gómez, que han comentado a lo largo de estas dos últimas semanas una biografía de reciente aparición, Freud, una vida de nuestro tiempo, de Peter Gey, un libro que está en la editorial Paidós. La próxima semana vamos a dedicarla a hablar de Michel Foucault y, por supuesto, contamos con todos vosotros.